

NOTAS DE LA SEMANA

ANOTEMOS, antes de entrar en temas mayores, estas aguas menores, caídas a chaparradas, sosiego del campesino, encanto del sastre, alborozo del carbonero y júbilo de las eléctricas conqueses, a las cuales les viene como hecho a la medida el popular cantable que dice:

Y todo a media luz,
el Júcar seco va, etc.

Estos ansiados chubascos habrán recordado seguramente a las mujeres de sus casas, que en las buhardillas hay trastos muy útiles para la temporada que empieza de hollines y tufos. Sí, querido lector, muchos tufos. Por acá no hemos padecido más inundaciones que las del dorado Rioja, en la cena del excombatiente, número del programa que admiro a todos, tanto por la animación de los jóvenes comensales, de valor reconocido en las tierras del Rif, como por la perfecta organización del acto. Hubo un buen menú, una selecta presidencia y discursos variados. Fué una simpática fiesta como jamás se ha celebrado.

La juventud franciscana inauguró su salón teatro con una velada amenísima, ante un público culto y numeroso, que premió con repetidos aplausos la labor de los estudiosos comediantes.

Que el invierno se nos echa encima, nos lo demuestra, el que unos cacos, violentando las cerraduras de unos escaparates, sustrajeron varias hermosas pieles, del comercio del señor Garay, sin ser vistos, ni olidos de nadie. Afortunadamente los atrevidos amigos de lo ajeno, cayeron en Madrid con las pieles y no quiséramos estar en la piel de los interfectos.

Un nuevo colega, de verdad, nos dice que un señor desconocido ha depositado en su redacción 5.000 pesetas, para iniciar el negocio de arriendo de la plaza de toros. ¡Qué suerte tiene Molina! Yo llevo veinte años y un día en mi redacción y cuando más, ha llegado, un señor, *muy conocido* a pedirme dos duros o a dar la palma.

Y aun se queja.

Visado por la censura

La crisis de la madera, acentuándose, me oye usted, señor gramático... acentuándose.

¡Vaya semanita movida!

X X X.

De la Ventilla a Margarita

Octubre, la Pilarica,
la más maja de Aragón;
trae, maña, la guitarrica
que alegre mi corazón.

Dos cosas pidí al rezar
con todas mis intenciones:
que no haiga contribuciones
y se abra el Grupo escolar.

Fiesta de la raza ha sido;
genio, músculo, vencer...
llorando vi a una mujer
que tiene un hijo tullido.

Si te festejan mañicos,
ponte seria y no des groma;
si uno la mano te toma
pues rómpete los hocicos.

No te fies de la suegra,
ni en los tratos de un gitano,
que más tarde o más temprano
ambos te darán la negra.

A la puerta del Congreso,
no me vengas a llorar,
que si te la han dao con queso,
pues paciencia y salivar.

Octubre... en las vides tajo
del albillo y la garnacha;
vendimiadora muchacha,
bájate más el refajo.

Allá al lagar van las cubas
pringosas de dulce mosto,
y en el cocedero angosto
sangran las sabrosas uvas.

El pisador, jugueteón,
el vino hace con sus pies.
¡Cuántos en el mundo ves
que *pisán* sin ton ni son!

El Tío CORUJO.

ANÉCDOTAS TEATRALES

De los faranduleros en el azaroso vivir, de los mantenedores del «tinglado de la antigua farsa», cosas hay sangrantes por la pena de miserias ocultas y que, por tanto, nadie ve ni socorre; cosas que llevan anejas el dolor de renunciando, de bajezas obligadas por el «pan de nuestro de cada día»; de virtudes exaltadas y de vicios abyectos...

De todo hay en ese vivir que muchos no conocen, que sólo se complacen con el oropel de la escena preparada y los actores encajados en ella con la gama diversa de los colorines del fastuoso vestuario... ¡Qué saben esos muchos de los trabajos, de la miseria, de las ansias mortales hasta obtener el triunfo, hasta *colocarse*, ni que saben tampoco de los malogrados, de los caídos, de los que han de arrastrar perpetuamente el sufrimiento de la pérdida de una ilusión que era vida risueña, de verla triunfar.

Muchos, muchos son los dolores de la vida farandulera en los no consagrados; en esos *cómicos de la legua* que obligados están a *bolas* perpetuamente (¡y que no falten!) y en cuya accidentada peregrinación por ciudades y pueblos, por teatros, *corrales* y mesones van tejiendo las páginas del más grande y chispeante Anecdotario que vieran los siglos. Y unas veces ellos y otras el público—que no conoce los íntimos dolores de los que de la farsa viven—engarzan frases, tienen la palabra o el gesto oportuno y capaz de dar al traste con el continente altivo del *respectable* (siempre pagano) o, por el contrario, es éste el que echa al foso obras y reputaciones artísticas con su mordaz intervención, que de todo hay y para todos los gustos existen muestras del chispeante ingenio del buen pueblo español.

Y encuadra hoy, lector amigo, dos de estas *salidas*, ambas a cargo del público y ambas, también, acaecidas en el mismo teatro de una ciudad andaluza.

En el mismo teatro debutó una compañía lírica, integrada en su casi totalidad por artistas malos y de edad avanzada, que actuaban al amparo de uno o dos nombres prestigiosos, directores del elenco aquel. Los coros, sobre todo, formados estaban por verdaderas calamidades, sin repertorio ni gusto artístico alguno.

De esta suerte, el público se retrajo por que ni las obras ni los cantantes merecían trato de favor. La empresa de gastos trataba y el director, ganoso de atraerse espectadores, mandó ensayar a toda prisa la preciosísima obra de Chapí *El Rey que rabió*, y al anuncio acudió la gente y se llenaron las localidades todas del teatro.

Los dos primeros actos pasaron sin pena ni alegría y el público se solazó con la magistral partitura de aquel llorado maestro. Pero llegó el acto tercero y, con él, el momento de la «consulta de los doctores» para dictaminar si el «perro está rabioso o no lo está». Este número—uno de los mayores aciertos de Chapí—de verdadera factura opereteca, debe ser cantado por el coro de caballeros ajustando sus movimientos, marcando las palabras con un verdadero acoplamiento a la música, que es burlesca, mímica, juguetera; todo lo tienen.

Pues bien: aquello fué el caos. Ni movimientos rítmicos, ni entonación, ni gracia; ¡nada! Terminó el coro de cantar y del patio de butacas se inició una ovación clamorosa, que pronto fué unánime. Por dentro de bastidores hacíanse comentarios y el maestro concertador—que sabía como las gastaban los habitantes de la ciudad aquella—se resistía a repetir el número.

No hubo, empero, otro remedio y los *doctores* cantaron su consulta famosa ¡hasta cuatro veces!, reproduciéndose, en cada una de ellas, las ovaciones y pidiendo el público fuese de nuevo repetido. Aquello no llevaba trazas de terminar; la *broma* se iba haciendo pesada y el aludido maestro concertador (un buen músico), vuelto al público desde su asiento, con gesto de resignación y aun pidiendo perdón para los artistas, preguntó: ¡Hasta cuando?

Y del patio de butacas se elevó una voz para contestarle: ¡¡¡Hasta que se lo aprendan!!!

Manuel CANO.

Madrid, octubre 1927.

ILUSTRACIÓN CASTELLANA llega a todos los Centros de Cultura y Casinos de España, por lo que el anuncio adquiere extraordinaria publicidad y provechosos beneficios.